

cidas para ver si hallaba la que le hacía falta.

—¿No sube nunca mi tía al granero?—preguntó á Juana.

—No, señorita,—respondió ésta,—ni el señor tampoco; este castillo les pertenece sólo desde el último verano, y la señora y la señorita le han habitado nada más que dos meses: el señor se quedó en París, á causa de no poder dejar su despacho, y la señorita Enriqueta no quiso estar aquí más largo tiempo, porque se aburría mucho.

—Aquí hay una llave que me parece debe ser la de la puerta del granero,—dijo Mariana,—voy á ver lo que hay en él.

—Id, señorita, id,—dijo la buena Juana riéndose;—no es malo ser curiosa, pues siempre sirve para alguna cosa el serlo.

Mariana subió corriendo, abrió la puerta del granero y se halló en medio de un caos de toda clase de objetos; el anterior propietario debía haber relegado allí un mueblaje entero y numeroso; dos antiguas cómodas muy grandes, guarnecidas de cobre cincelado, estaban medio ocultas por algunas viejas sillas descompuestas y por pedazos de alfombra en malísimo estado: sobre un artesón de madera se veía un gran reloj de remota fecha y una jaula de pollos, de las que se ponen en las cocinas, sostenía una enorme cantidad de libros devorados de polvo y cubiertos de telas de arña; muchos y grandes cuadros se hallaban vueltos contra la pared.

—Bueno,—se dijo Mariana;—en primer lugar he descubierto algunos objetos de lujo cuya e-

xistencia ignoran mis tíos; yo volveré; por ahora cierro y me guardo la llave en el bolsillo; lo que hay aquí vale algo.

V

El almuerzo se hizo más temprano que en París; y al levantarse de la mesa, monsieur Derval dijo que iba á buscar á un jardinero de las cercanías.

—Tu tía está un poco fatigada,—añadió dirigiéndose á Mariana,—así, yo te ruego que te vayas á paseo con Enriqueta hasta la quinta situada detrás del bosque, arréglate con la arrendadora para que nos traiga todas las mañanas leche y huevos, y ajusta el precio de estas provisiones; yo confío en tu buen juicio para este asunto.

—Tío,—dijo Mariana,—sólo compraremos huevos hasta que nosotros tengamos gallinas.

—Te dejaré el cuidado de tenerlas, mi pequeña ama de gobierno,—observó monsieur

Derval acariciando la mejilla de su sobrina y pensando que bablaba en broma.

Enriqueta salió con Mariana, no por su gusto, sino solamente para no incomodar á su padre; pero desde que empezó á andar empezó tambien á quejarse del mal camino y de la molestia de las hierbas que crecían en él; cuando llegaron á la quinta, Enriqueta se quedó á la puerta, diciendo que ella no tenía paciencia para hablar con los colonos, y Mariana entró sola á hacer su ajuste con la arrendadora, buena mujer que por muy poco precio se encargó de proveer al castillo de leche y huevos.

—La jaula de los pollos servirá.—dijo la huérfana como hablando consigo misma al tomar el camino para volver á casa.

—¿Qué jaula?—preguntó Enriqueta.

—Una que he hallado en el granero,—repuso Mariana.

—¿Ya has subido al granero?

—Sí, esta mañana.

—¡Bueno estará de polvo y de ratas!

Una hora más tarde Mariana se hallaba sentada y cosiendo al lado de su tía.

A pesar de la agilidad de su aguja, se pintaba en su rostro una penosa indecisión. Dos ó tres veces levantó la cabeza y quiso hablar, sin atreverse á ello; por fin dijo con insegura:

—Querida tía, creo que me vais á reñir me he atrevido á proporcionaros gastos nuevos; pero ya sabeis que para coger es preciso sembrar.

—¿De qué se trata?—preguntó la señora,

que no podía ménos de sonreír al ver la formalidad de su sobrina.

—He mandado á la arrendadora que nos traiga un saco de avena.

—¿Para los dos caballos?—preguntó con ironía Enriqueta.

—No, prima mía, para las gallinas. He escogido cuatro que por su color obscuro deben ser muy ponedoras; dos son negras y dos grises; además, traerán un gallo y dos conejos.

—Esto va á ser una verdadera casa rústica—dijo Enriqueta,—¿qué aumento de cuidados!

—Yo me encargo de los animalitos, observó Mariana,—yo los cuidaré, sólo se comprarán huevos para el almuerzo esta semana, y luego nuestras gallinas los darán, y es un ahorro muy grande: además ya sé yo que á tí te gustan las tortillas de llemas y yo las sé hacer. En mi libro *La buena ama de casa* he aprendido á poner cluecas, y tendremos pollitos que luego serán hermosas gallinas. Todo esto, mi buena tía, ¿no es preciso en el campo?

Madama Derval iba á responder, pero en aquel instante entró la arrendadora, trayendo las gallinas y el gallo atados por las patas; un aldeanito, hijo de la buena mujer, conducía un cesto tapado y un saco de tela gris lleno de avena.

—Pero dónde vamos á poner todo esto,—preguntó aturdida madama Derval.

—En el corral, querida tía,—respondió la jovencita, que no se apuraba por nada;—allí hay alojamientos para las gallinas y nichos

para los conejos; yo lo vi esta mañana registrando toda la casa. Ven, Enriqueta, y vamos á instalarlos en su nueva residencia.

—Ve tú sola,—contestó su prima,—esas cosas no me divierten.

Tres días después, Mariana entró corriendo en el comedor, trayendo dos huevos frescos en el delantal,

—¡Ved, tío mío!—exclamó,—¡mirad, tía! La arrendadora no me engañó al asegurarme que eran buenas ponedoras. y además yo les he hecho tan excelentes nidos de paja, que se dan por muy satisfechas con poner en ellos.

—¿Y los conejos?—preguntó monsieur Derval.

—Aprecio mucho vuestra atención, tío mío,—dijo Mariana;—les va muy bien y tienen gran apetito; á Dios gracias no les falta buena hierba.

Como unos quince días despues de la llegada al viejo castillo de la familia Derval, presentaba aquél un aspecto extraordinario. En el bosque se oía el ruido del hacha y el rumor de las ramas que caían. Pilas de leña se elevaban secándose al sol; dos hombres vigorosos trabajaban en el jardín y recogían en haces las hierbas inútiles y nocivas.

Cuando Mariana vió al jardinero preparar sus simientes, fué á su cuarto y trajo en el delantal una multitud de zaquitos de papel, cada uno de los cuales llevaba su etiqueta.

Uno decía: *Simiente de rábanos, rosados y blancos.* Otro: *Simiente de zanahoria azucarada de*

Holanda. Y en otros varios se leía: *Simientes de cebollas blancas, grandes y pequeñas; simiente de judías, y simiente de lentejas.*

—¿Quién te ha dado todo esto, Mariana?—preguntó madama Derval al examinar los paquetes.

—El jardinero del castillo de Abbeville, tía mía; estos son los cucurnchos de papel que se quedaron en mi maleta, y de los que se reía Enriqueta; el pobre hombre me regalaba esto para nuestro jardinillo; yo siempre he dicho que *el que guarda halla*, y ya veréis cómo ahora viene bien; porque habéis de saber, queridos tios, que las legumbaes y las ensaladas del castillo de Abbeville tienen fama por su calidad y su tamaño.

—Anda, da eso al jardinero,—dijo riéndose su tío,—de aquí á algunos meses, el castillo Derval tendrá tan buenas legumbres y ensaladas como el magnífico de Abbeville.

Una mañana, Mariana llevó misteriosamente á su tío y á su tía al corral, y les mostró bajo el cobertizo una hermosa gallina gris, agachada é inmóvil en su nido.

—Debajo tiene doce huevos,—dijo la niña muy quedito;—se los he puesto yo, no los abandona; dentro de ocho días tendremos pollitos, y Enriqueta quedará sorprendida al verlos.

A la salida del corral Mariana corrió á la cocina, y suplicó á Juana que la acompañara al granero para ayudarla á bajar la jaula de pollos que se hallaba en él, á fin de tenerla pre-

parada para los que iban á salir de los huevos.

Bien pronto la gallina gris tuvo alrededor una docena de pollitos, que picoteaban los granitos de avena que Mariana les extendía en el suelo. Una de las gallinas negras fué clueca también á los pocos días, y, por último, una mañana, monsieur y madama Derval apercieron bajo el cobertizo de los conejos un nido abrigado con estopa por la mano de Mariana, entre la cual asomaban una multitud de cabezas con largas orejas.

Por la noche y después del paseo que seguía á la comida, Mariana hallaba también medio de ocuparse útilmente. Mientras Enriqueta, fatigada de su misma ociosidad y agobiada de un humor desapacible, causado por el fastidio profundo que experimentaba, destrozaba en el piano una desgraciada sonata; Mariana se sentaba delante de un gran cesto, lleno hasta los bordes de retazos de paño y de lana, de cintas viejas y de trozos de toda clase de telas, los cortaba en largas tiras, los cosía unos á otros y formaba cojines y *portiers*.

Enriqueta la miraba alguna vez, se encogía de hombros con desprecio y retiraba su silla todo lo posible para no mancharse con el polvo que salía de aquellos *asquerosos trapos*.

Mariana veía esta pantomima, pero, dulce y paciente, seguía en su obra y guardaba silencio.

—Ya verás prima mía,—le dijo una velada,—lo que yo hago con esto que llamas *trapos*, y que en efecto lo son; de aquí saldrán á fuer-

za de trabajo y de ratitos empleados con paciencia, excelentes y espesos tapices para las puertas del corredor y para las escaleras. Esto será preferible para el invierno que viene, á pisar la piedra húmeda y helada y á las corrientes de aire que se cuegan por las puertas que dan al terrado y al jardín. ¿Qué había yo de hacer en estos ratos perdidos? Tú tocas el piano, tus papás juegan al *ajedrez*, estas dos ó tres horas de la noche las aprovecho, y empleo esa inmensa cantidad de trapos que para nada sirven.

Mariana llamaba á las noches del estío *sus ratos perdidos*; las madrugadas las consagraba al cuidado de las aves del corral, á la limpieza de la casa y del pequeño parterre que el jardinero había llenado de flores; antes de almorzar hallaba tiempo para dar un paseo por las ruinas y en los alrededores del castillo, y siempre traía á casa alguna hierba útil, un ramillete de flores del campo y algunas veces un delantal lleno de achicorias, que daba á Juana para que las aderezase y las pusiera en la mesa, sabiendo que gustaban á su tía.

Los días los pasaba en trabajar con madama Derval; le ayudaba á arreglar los cajones de la ropa blanca, componía lo roto y cosía á la perfección; sin embargo, durante los eternos días del estío, tan largos para el trabajo y en los cuales monsieur Derval se hallaba en su despacho de París, era cuando Enriqueta se burlaba de su prima y procuraba revestir de ridículo todas sus acciones.

—Enriqueta,—le dijo un día su madre;—tú me afliges con tu carácter; ¿no ves, no comprendes que la pobre Mariana hace todo cuanto puede por ser agradable y útil á todos?

—Puede ser, querida mamá, que todos la hallen agradable,—repuso Enriqueta;—pero confesad que es para mí una muy triste compañía; ¿es culpa mía que no tenga yo los mismos gustos que ella? ¿puedo yo hacer que me agrade el correr por el jardín á las seis de la mañana, el fatigarme subiendo sin cesar del salón al granero y del comedor al gallinero? ¡yo me asombro cuando veo á papá extasiado ante todo lo que hace mi prima! pero entonces, ¿por qué si quiere que la imite me hace estudiar el piano y el dibujo?

—Ni tu padre ni yo exigimos que imites á Mariana,—observó madama Derval;—pero hija mía, es preciso hacer justicia á la destreza, á la actividad, al buen corazón de tu prima. Dios no ha destinado á todas las jóvenes para saber únicamente tocar el piano, dibujar un árbol y hacer cortesías; hay cosas más útiles y mejores, á mi parecer, y de este género son los talentos de tu prima. Es forzoso no rebajar sus aficiones, por humildes que te parezcan, y debes pensar en que valen, á lo ménos, tanto como las tuyas; cada uno tiene su sitio en el mundo, y sólo te pido que recuerdes lo que decía anoche tu buen padre.

Si la Providencia ha criado á la brillante mariposa que encanta los ojos y alegra la Naturaleza, ha criado también la modesta abeja, la obrera di-

ligente, la trabajadora infatigable que olvida su bienestar para contribuir con todas sus fuerzas al de los demás

La joven nada respondió, bajó la cabeza y desde aquel instante mostró á su prima un gesto más desdeñoso.

VI

Enriqueta, encerrada en su cuarto desde hacía algunos días, salía muy poco de él; se ocupaba en bordar una elegante gorra de recibir, para su madre, pues se acercaba el santo de madama Derval.

Mariana nada sabía; pero la criada Juana tuvo una mañana la feliz idea de decirle que estaba ya próximo á aquel día venturoso.

—¡Ay Dios mío!—exclamó la joven sorprendida y llena de tristeza,—¡y yo que no lo sabía! ¡cuántas gracias debo daros, Juana, por habérmelo advertido! La verdad es que es un poco tarde . . . ya no faltarán mas que tres

días . . . ¿qué podría yo ofrecer á mi buena, á mi querida tía? ¡yo no tengo dinero! ¿y decís que mi prima está terminando para ella una hermosa gorra bordada? ¡qué dichosa es! y yo ¡qué infeliz! ¡no poseo ninguna habilidad!

Mariana se sentó y quedó pensativa y abrumada de pena; gruesas lágrimas bañaban su carita, nada hermosa, pero sí sentimental é interesante. ¿Qué podría ella regalar á su tía, huérfana desdichada, que sólo poseía algunos vestidos de desecho, dados por caridad? No tenía un cuarto ni á quien pedirlo, y sin embargo, su corazón honrado y agradecido se destrozaba á la idea de no poder dar á su tía ni la más leve muestra de afecto.

—¿Qué hago yo aquí llorando? se dijo después de algunos instantes.—Así nada voy á conseguir; subiré al granero á ver si entre aquella multitud de objetos, que mi tía no conoce, hallo alguno que le pueda ser agradable; ya verá mi buen deseo y la imposibilidad en que estoy de hacer lo que yo quisiera.

La huerfanita tomó el camino del granero, rezando fervorosamente una salve á la Virgen de la Esperanza para que la ayudase en sus pesquisas; ¡santa è inocente plegaria, formulada por los labios de una niña desvalida y que no podía menos de ser escuchada por la madre de los huérfanos!

Después de muchos esfuerzos, Mariana consiguió abrirse paso entre aquella multitud de objetos, y, á través de una nube de polvo, llegó hasta las dos grandes cómodas embutidas de

bronce, abrió los cajones y estaban vacíos. Cerca de las cómodas y bajo unas pirámides de sillas viejas, halló un enorme cofre de encina negra, de admirable trabajo, algunas mesas antiguas de artística forma y los grandes cuadros que ya en otra ocasión había visto vueltos contra la pared y que preocupaban no poco su curiosidad de niña.

Probó á volver uno, y su sorpresa fuè grande al hallarse con un guerrero vestido de una ferrada armadura, de figura noble y fiero continente como los caballeros antiguos: aunque ella no sabía dibujar, juzgó por la expresión de la fisonomía, la postura dñga y segura, y la delicadeza del colórido, que el cuadro debía ser bueno y tener bastante valor; reparó también que el marco había perdido casi por completo el dorado y la frescura, pero que era de madera maravillosamente esculpida, y examinándolo atentamente descubrió unas letras de oro en la parte inferior del cuadro, y leyó esta inscripción, que el tiempo no había podido borrar.

ANSELMO DE LA SAULNAYE

*caballero por la gracia de Dios y del rey
Enrique IV de este nombre.*

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Mariana; mi tía es de la noble familia de La Saulnaye; me acuerdo haber oído decir que se casó por amor

con mi tío, pero que hizo un matrimonio desigual... sí, sí, La Saulnaye es el apellido de mi tía... ella era la bella y nobilísima señorita de La Saulnaye, á cuya familia arruinó la revolución... este nombre se halla también en el escudo de armas que corona la puerta del castillo .

La viva imaginación de Mariana comprendió al instante que los retratos de los antecesores de su tía, eran los que se hallaban en fila apoyados en la pared del granero; todos en la casa ignoraban la existencia de aquellos retratos. Mariana se puso á volverlos y contó hasta el número de ocho; entre ellos había los de tres hermosas damas con el cabello empolvado, y cubiertas de encajes y diamantes: era la tatarabuela, la bisabuela y la abuela de madama Derval. Mariana, encantada de su descubrimiento, empezó á saltar de alegría batiendo las manos, bajó la escalera con la celeridad del rayo,

—¡Juana!—exclamó,—¡venid á ayudarme! ¡Ah, si supiérais qué gran hallazgo! ¡Dios me lo envía para que haga á mi buena tía un regalo estimable!

Volvió á subir armada de un plumero, y se puso á sacudir el polvo de los retratos; luego, ayudada de Juana, los puso á un lado del granero, volvió á bajar, y subió con dos pequeñas botellas en la mano y una esponja cubierta de un pañito de hilo muy fino.

En seguida empezó á limpiar dulcemente las pinturas, y la absorta Juana, vió renacer poco á

poco los ricos colores, la sonrisa de las damas y la altiva y brillante mirada de los caballeros.

—Gracias, mi buena Juana,—dijo la joven,—ya no os necesito y os podéis marchar: pero os ruego encarecidamente, que á nadie digáis una palabra de esto; el jueves, muy temprano, me ayudaréis á bajar estos cuadros al salón y yo creo que mi tía, al verlos, se sorprenderá muy agradablemente.

Mariana pasó todo el día en el granero, ocupada en restaurar del mejor modo posible su precioso descubrimiento; ni Enriqueta, muy atareada en terminar su bordado, ni madama Derval, que no sospechaba la sorpresa que le preparaban, la llamaron por una casualidad providencial.

Llegó, por fin, la víspera de las fiestas; los ocho retratos, limpios y restaurados, parecían querer salirse de sus cuadros, de tal modo resplandecían de vida y de brillantez; Mariana los admiraba, les sonreía, los volvía y los saludaba; había uno entre ellos que se había hecho dueño de todas sus simpatías; era el de un hermoso anciano con una larga barba blanca, vestido de un hábito talar de terciopelo negro.

Este fué el primero que Mariana se dispuso á bajar con la ayuda de Juana; pero, al separarle de la pared, cayó del marco un pergamino muy pequeño, lleno de caracteres escritos, y que el tiempo había vuelto amarillos. Mariana, que jamás dejaba perder nada, lo recogió y lo guardó en el bolsillo de su vestido, sin pen-

sar en mirarlo por entonces, muy ocupada en bajar sin estruendo todos los abuelos de su tía y en colocarlos en el salón apoyados en las sillas y sillones.

Cuando todos estuvieron en orden, Juana confesó que presentaban un hermoso golpe de vista. Mariana, enajenada de alegría, iba de uno al otro los admiraba y les hablaba.

Madama Derval, atraída por aquel ruido inusitado, entró en el salón vestida aún de su bata de mañana.

La palabra espiró en sus labios á la vista de aquellas nobles figuras que parecían mirarle; volviése hácia su sobrina que se puso á enumerar en voz alta los nombres y los títulos de sus antepasados; á las exclamaciones de su esposa, ocurrió monsieur Derval, y no quedó menos estupefacto. Enriqueta no pudo entrar porque dormía todavía, según costumbre.

—Querida tía,—dijo Mariana,—permitidme que los coloque hoy mismo en las paredes y al derredor del salón.

—¡Ah! exclamó madama Derval abrazando tiernamente á la niña;—¿es acaso posible rehusarte alguna cosa, mi pequeña hada bienhechora? ¡Qué trabajo te has tomado para encontrar, limpiar y bajar todo esto! ¡Pero qué dichosa me has hecho con tu descubrimiento! ¡Gracias á tí, veo en torno mío á mis queridos abuelos, á mis nobles antecesores, á la memoria de mi respetable y desgraciada familia!

—Pues que mi hallazgo os es agradable, mi buena y querida tía, mi trabajo nada vale; ¿no

hubiera sido gran lástima el dejar á esos hermosos retratos perderse en el granero?

A este tiempo llegó Enriqueta con su obra terminada, que presentó á su madre abrazándola al mismo tiempo con ternura; madama Derval la llenó de caricias, y, terminadas aquellas dulces efusiones, le dijo:

—Mira, hija mia; ¡qué galería de nobles damas y de esforzados caballeros! ¡Son tus antepasados, que Mariana ha encontrado en el granero, y cuya compañía me ofrece hoy!

Enriqueta, transportada de alegría, se lanzó hácia los retratos; su vanidad de raza, el orgullo de su sangre, lucieron en sus ojos con rayos de gozo; miró estática aquellas nobles y severas imágenes y exclamó:

—¡Oh!, qué dicha, qué feliz hallazgo! ¡Algún ángel ha conducido los pasos de Mariana! Cuando vengan las señoritas del coronel Bréade, que me han prometido venir sin falta, verán nuestro castillo, es de la antigua y noble familia de La Saulnaye. ¡Qué lástima,—añadió Enriqueta suspirando,—qué lástima que con esos hermosos retratos no esté nuestro salón un poco mejor amueblado!

Es verdad,—repuso su madre,—en este gran salón parece que hay menos muebles que en el pequeño que tenemos en Paris.

—No hay que lamentarse,—dijo Mariana alegremente,—hay en el granero un cofre de encina antigua, que es una obra maestra; dos cómodas grandes embutidas de bronce; dos mesas doradas y un regimiento de sillones; estoy

segura de que si todo esto se sacase del polvo, se limpiase y barnizase, podria amueblarse el salón con magnificencia.

Monsieur Derval pidió la llave del granero, y seguido de su sobrina, subió á ver los muebles.

¡Vengo maravillado!—dijo á su esposa;—las consolas del reinado de Luis XV; las cómodas adornadas de cobre cincelado y de la misma época: son magníficas; los sillones soberbios; todo está en buen estado y solo necesita de una buena restauracion inteligente: dentro de quince dias tu salón será magnifico.

VII

Durante algunos dias, la atencion de la familia, se halló exclusivamente ocupada con los objetos nuevos que se iban descubriendo en el granero; gracias á los cuidados de monsieur Derval, el salón estuvo pronto soberbiamente

amueblado con objetos antiguos, tan á la moda y tan caros en nuestros días.

Enriqueta estaba encantada, y deseaba con tanto ardor la llegada de sus amigas, que les escribió para apresurarla; las señoritas de Bréade no tardaron en aprovechar la invitacion, y Mariana quedó muy sorprendida, viendo una hermosa mañana llegar de visita á dos señoritas vestidas con trajes de seda de color claro y con sombreritos blancos, pidiendo ver á la señorita de La Saulnaye: bajo este nombre pomposo habia firmado Enriqueta su invitacion á sus amigas de colegio.

Mariana se fué al jardin; se hallaba vestida con un modesto traje de indiana y temía disgustar á su orgullosa prima mostrándose en tan completo *negligé*.

—No hay necesidad de que yo me presente á esas señoritas,—se dijo,—Enriqueta les hará los honores y yo pasaré desapercibida.

La huérfanita fue á sentarse en un lugar retirado á fin de descansar un poco, pues acababa de limpiar el cuarto de su tío; pero aunque sus manos estuviesen inactivas, su imaginacion trabajaba siempre, y en este momento pensó en el manuscrito que habia caido del retrato algunos dias antes; sacóle vivamente de su bolsillo, y se puso á leerlo; hallóse de pronto con una inmensa dificultad para decifrar aquellos caracteres escritos por una mano temblorosa, y de formas desiguales; las expresiones antiguas y extrañas la desorientaban por completo; iba ya á renunciar á la lectura, cuando